

# El secreto de Marcial

Jorge  
Fernández  
Díaz

Premio Nadal de Novela 2025

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1681

*Esta película está basada en algunos hechos irreales  
y está dedicada a Susan y a Moe, mis cómplices de  
toda una vida; a Marcial y a Carmina, in memoriam.  
Y a Verónica, mi princesa renacentista*

Se equivocaban al decir que yo nunca sabía dónde acababa la película y dónde empezaba la vida. Un guion debe tener lógica y la vida misma no la tiene... La vida es un guion estúpido.

HUMPHREY BOGART,  
*La condesa descalza*

# I

## Los amores

Cuando Marcial contó la extraña aparición de Lucrecia López en el lago Regatas, mi madre dejó caer con un escalofrío la palabra *güercu*. Lucrecia era una paisana de Cudillero que había quedado viuda hacía años de un robusto maestro mayor de obras y que tenía por costumbre jugar tute cabrero de igual a igual en la mesa de varones que fumaban y mataban el tiempo en un salón vidriado del Centro Asturiano de Buenos Aires. Mi madre era reacia a esos juegos de baraja y a esas endogamias de club, y mi padre no concebía la vida sin ese lúdico refugio de camaradas, donde los viejos inmigrantes hablaban minuciosamente de sus aldeas remotas y de las increíbles vueltas del destino. Aquella era la primera de una serie infinita de divergencias graves que envenenaban la vida conyugal de mis padres, y Lucrecia resultaba, por cierto, la contracara perfecta de Carmina: amaba con todo su corazón esa comunidad de ingentes

ensueños, donde se llevaban a cabo modestas ceremonias asturianas para atemperar la nostalgia crónica. Marcial era expansivo en el club y lacónico en el hogar, y de vez en cuando nombraba dulcemente a Lucrecia a propósito de alguna noticia candente que surgía de esa curiosa y ya decaída colonia de desarraigados: un nacimiento, una peña, un negocio, una boda, una desgracia. Yo sabía lo que significaba la palabra *güercu* porque a mi madre le encantaba asustarnos en la infancia con truculencias góticas y narraciones de vampiros y espectros, fueran estas producto del folklore astur o del cine norteamericano. «Cuando era niña, mi madre y mi tía temían que el *güercu* viniera a picarnos la puerta», nos recordó aquella misma noche. Se trataba de un ente mitológico, presuntamente de origen celta; manifestación que presagiaba la muerte de alguien, un fenómeno paranormal que funcionaba más o menos así: un Pepín cualquiera, que trabajaba en un prado, era divisado desde un puente. Y pocos días después alguien le decía: *Te he visto el viernes en el prado, Pepín*. A lo que el aludido respondía alzándose de hombros: «No pudiste verme en el prado, porque estuve toda la semana en Oviedo haciendo trámites». *Pero ibas vestido así y así* —porfiaba su interlocutor—, *y estabas tocado con tu sombrero gris*. «Que no, que no. Que no era yo, coño —se empacaba el susodicho—. Que estaba en Oviedo.» Mi